

LIBRO I: Inicio de la *Eneida*. Presentación del tema e invocación de la musa.

Canto las armas horrendas del dios Marte y al héroe que forzado al destierro por el hado fue el primero que desde la ribera de Troya arribó a Italia y a las playas lavinias. Batido en tierra y mar arrostró¹ muchos riesgos por obra de los dioses, por la saña rencorosa de la inflexible Juno. Mucho sufrió en la guerra antes de que fundase la ciudad y asentase en el Lacio sus Penates, de donde viene la nación latina y la nobleza de Alba y los baluartes de la excelsa Roma. Dime las causas, Musa; por qué ofensa a su poder divino, por qué resentimiento la reina de los dioses forzó a un hombre, afamado por su entrega a la divinidad, a correr tantos trances, a afrontar tantos riesgos. ¿Cómo pueden las almas de los dioses incubar tan tenaz resentimiento?

LIBRO VI: Eneas en el Inframundo (vv. 678 ss.)

Estaba a la sazón² su padre Anquises en el fondo de un valle verdeguerante, afanado en pasar revista pensativo a unas almas encerradas allí, que un día subirían a gozar de la luz. Entonces casualmente recontaba todos sus descendientes, los que serían sus amados nietos. Pensaba en su destino, en su fortuna, en sus personas, en sus lances³ de guerra. Al punto en que vio a Eneas avanzando a su encuentro sobre el césped tendió a él enardecido⁴ sus dos manos, inundadas en llanto las mejillas, y prorrumpió en un grito: «¡Has venido por fin! Tu amor filial en que tu padre tenía puesta el alma, triunfó de los rigores del camino. Me es dado ver tu rostro, hijo, y oír tu voz que conozco tan bien y hablar contigo. Sí, mi alma lo esperaba. Me imaginaba que habías de venir y contaba los días. No me engaño mi afán. ¿Qué tierras, qué anchos mares has cruzado antes de que pudiera yo acogerte? ¿Qué riesgos, hijo mío, has arrostrado? ¡Cuánto temí que el poderío de Libia⁵ te llegara a dañar!» Pero él: «Tu imagen, padre, tu entristecida imagen, que acudía a mi mente tantas veces, me ha impelido⁶ a este umbral. Anclada está la flota en aguas del Tirreno. Dame a estrechar tu mano, padre mío, y no esquive tu cuello mis abrazos». Diciendo esto, las lágrimas le iban regando el rostro en larga vena. Tres veces porfió⁷ en rodearle el cuello con sus brazos y tres veces la sombra asida⁸ en vano se le fue de las manos lo mismo que aura⁹ leve, en todo parecida a un sueño alado. En esto, avista Eneas en un valle apartado un bosque

¹ Sufrió.

² En aquella ocasión.

³ Aventuras.

⁴ Excitado.

⁵ Aquí equivale a Cartago.

⁶ Empujado.

⁷ Se propuso.

⁸ Abrazada.

⁹ Brisa.

solitario, resonante su fronda de susurros, y ve el río Leteo que fluye por delante de aquel lugar de paz. En torno a su corriente revolaban las almas de tribus y de pueblos incontables, como por las praderas en el claro sosiego del estío¹⁰ las abejas van posando su vuelo en cada flor y se derraman en torno a la blancura de los lirios¹¹. Resuena su zumbido por toda la campiña. Eneas a su vista inesperada, ignorando lo que es, pregunta por su causa, qué río es el que tiene allí delante y quiénes son aquellos que llenan apiñados sus riberas. A esto su padre Anquises: «Son las almas a que destina el hado a vivir otra vez en nuevos cuerpos. A orillas del Leteo están bebiendo el agua que infunde pleno olvido del pasado. Por cierto, que hace tiempo estaba deseando hablarte de ellos, mostrarlos a tu vista y recountar la serie completa de los míos para que todavía te alegres más conmigo de haber llegado a Italia». «Pero, ¿es posible, padre, creer que hay almas que remonten el vuelo desde ahí hasta la altura de la tierra y vuelvan otra vez a la torpe envoltura de los cuerpos? ¿A qué ese loco afán de los desventurados por volver a la luz?» «Te lo voy a aclarar, no te tendré suspenso, hijo» —replica Anquises—. Y le revela todos los secretos por su orden. «Ante todo sustenta cielo y tierra y los líquidos llanos y el luminoso globo de la luna y los titánicos astros un espíritu interno y un alma que penetra cada parte y que pone su mole en movimiento y se infunde en su fábrica y que pone su mole en movimiento y se infunde en su fábrica imponente. En él tienen su origen los hombres y los animales y las aves y cuantos monstruos cría el mar bajo su lámina de mármol. Conservan estos gérmenes de vida ígneo vigor de su celeste origen en tanto no les traba la impureza del cuerpo ni embota su terrena ligadura, y sus miembros destinados a la muerte. De aquí nace en las almas su temor y ansiedad, sus duelos y sus gozos. Encerradas en las tinieblas de su ciega cárcel, no logran percibir las libres auras. Ni aun el día postrero¹², cuando la vida ha abandonado el cuerpo, alejan todo el mal de sí los desgraciados ni todas las escorias de la carne. Y es forzoso que muchas por misteriosa traza perduren arraigadas en lo hondo de las almas. Por eso las someten a castigos con que pagan las penas de las culpas pasadas. Unas penden tendidas al soplo inconsistente de los vientos, otras lavan la mancha de su culpa abajo, en el enorme regolfo¹³ borboteante, otras se purifican por el fuego. Cada uno de nosotros sufre su expiación entre los muertos. Después se nos envía allá, a través del espacioso Elisio¹⁴. Pero pocos logramos permanecer en los rientes¹⁵ campos. Sólo el lapso de días y de días, cuando el ciclo del tiempo está cumplido, acaba por

¹⁰ Verano.

¹¹ Tenemos aquí un símil, una figura literaria muy frecuente en la épica.

¹² Último.

¹³ Cala (de agua).

¹⁴ Zona del Inframundo que equivale a grandes rasgos al Paraíso.

¹⁵ Alegres.

borrar la mancha inveterada¹⁶ y vuelve a su pureza del etéreo principio y la centella de impoluta lumbre. A todas esas almas, cuando gira la rueda del tiempo un millar de años, llama un dios en nutrido tropel a orillas del Leteo, porque, perdido todo recuerdo del pasado, tomen a ver la bóveda celeste y comience a aflorar en ellas el deseo de volver a los cuerpos». Deja de hablar Anquises y va llevando a su hijo con la Sibila hasta el centro de aquella densa turba vocinglera, y ocupa un altozano para tomar de frente la larga hilera de héroes y conocer sus rostros según pasan. «Ahora ven, te haré ver qué gloria le reserva el porvenir al linaje de Dárdano¹⁷, qué traza de herederos itálicos te aguardan y las almas ilustres que han de llevar un día nuestro nombre. Te voy a revelar tu destino. Aquel joven, ¿lo ves? —va apoyado en su lanza sin hierro— que la suerte ha emplazado más cercano a la luz, será el primero en subir a las auras de la altura llevando ya mezclada sangre itálica. Es Silvio, hijo tuyo postrero que te dará tu esposa Lavinia, don tardío, avanzada tu edad, y criará en los bosques, rey y padre de reyes. Nuestra raza por él mandará en Alba Longa. El que le sigue de cerca es Proca¹⁸, gloria de la nación troyana. Y Númitor¹⁹, que renovará tu nombre, Silvio Eneas, excuso como tú por la piedad de su alma y por las armas si llegara a ganar un día el trono de Alba. ¡Qué mozos! ¡Míralos! ¡Cómo resalta en ellos su pujanza y cómo llevan sombreadas sus sienes de hojas de encina cívica! Estos te fundarán Nomento, Gabios, la ciudad de Fideno y en lo alto de los montes alzarán el alcázar Colatino y Pomecios y el castillo de Inuo y Bola y Cora. Así se llamarán esas ciudades que hoy son tierra sin nombre. Mira también a aquel, Rómulo, hijo de Marte, que se unirá a su abuelo y seguirá a su lado, a quien Ilia²⁰, su madre, dará vida. ¿Ves cómo el doble airón²¹ se alza en su frente, y cómo le designa desde ahora con su emblema su padre para el mundo de allá arriba? ¡Mira, hijo, con su auspicio aquella Roma extenderá gloriosa su dominio a los lindes de la tierra y su ánimo a la altura del Olimpo! Y cercará de un muro sus siete ciudadelas, gozosa con su prole de héroes. ... Ahora vuelve los ojos y contempla a este pueblo, tus romanos. Este es César, esta es la numerosa descendencia de Julio²² destinada a subir a la región que cubre el ancho cielo. Este es, este el que vienes oyendo tantas veces que te está prometido, Augusto César, de divino origen, que fundará de nuevo la edad de oro en los campos del Lacio en que Saturno reinó un día y extenderá su imperio hasta los garamantes²³ y los indios, a la tierra que yace más allá de

¹⁶ Arraigada, antigua.

¹⁷ Fundador de la estirpe troyana.

¹⁸ Bisabuelo de Rómulo y Remo.

¹⁹ Abuelo de Rómulo y Remo.

²⁰ Ilia = Rea Silvia.

²¹ Penacho con plumas.

²² Julio = Ascanio.

²³ Pueblo de Libia. Quiere decir que Augusto llevará el imperio romano hasta África.

los astros, allende²⁴ los caminos que en su curso del año el sol recorre, en donde Atlas, el portador del cielo, hace girar en sus hombros la bóveda celeste tachonada de estrellas rutilantes²⁵. Ya ahora ante su llegada empavorecen²⁶ oráculos divinos el reino del mar Caspio y la región del lago Meotis. Los repliegues de las siete bocas del Nilo se estremecen de terror. ... ¿Y dudamos todavía en desplegar nuestro valor luchando, y va a impedir el miedo que asentemos la planta en tierra ausonia? Pero, ¿quién es aquel que veo allí a lo lejos coronado de olivo? Va llevando en sus manos los objetos de culto. Reconozco por sus cabellos y la blanca barba al rey romano, aquel que llamado desde su parva Cures y de su pobre tierra a un poderoso mando, ha de basar en leyes la incipiente ciudad. El que le seguirá vendrá a turbar los días de sosiego de su patria, Tulo²⁷, que alzará en armas a su pueblo enmollecido²⁸, perdida la costumbre de marchar en formación guerrera a la victoria. Anco²⁹ viene tras él un tanto jactancioso, ufano en demasiá del favor popular ya desde ahora. ¿Quieres ver además a los reyes Tarquinios³⁰ y la altiva alma de Bruto³¹, el vengador, y los fasces³² recobrados por él? Será el primero que reciba el poder consular. ... ¿Quién podría olvidar la estirpe de los Gracos³³ y a los dos Escipiones³⁴, dos rayos de la guerra, que arrasarán la Libia? ... Tú, romano, recuerda tu misión: ir rigiendo los pueblos con tu mando. Estas serán tus artes: imponer leyes de paz, conceder tu favor a los humildes y abatir combatiendo a los soberbios». Habló su padre Anquises así y ante el asombro de sus oyentes añadió: «¡Mira cómo Marcelo³⁵ se adelanta, radiante con su espléndido trofeo, y se alza victorioso entre todos los guerreros! Él cabalgando mantendrá el poder de Roma en un tumulto asolador; arrollará a los cartagineses y a los rebeldes galos y por tercera vez será él

²⁴ Más allá de.

²⁵ Brillantes.

²⁶ Se asustan.

²⁷ Tulo Hostilio.

²⁸ Ablandado, debilitado.

²⁹ Anco Marcio.

³⁰ Tarquinio Prisco y Tarquinio el Soberbio.

³¹ Quien impulsó la revolución social que terminó con la Monarquía en Roma después de la violación de la joven Lucrecia por parte del hijo del rey Tarquinio el Soberbio.



³² Símbolo del poder de los cónsules. Véase la siguiente imagen.

³³ Fueron tribunos de la plebe que durante la República lucharon por los intereses de esta clase social y que acabaron siendo asesinados.

³⁴ Los Escipiones lucharon en la II Guerra Púnica, en la que los romanos salieron vencedores.

³⁵ Sobrino del emperador Augusto. Murió joven, posiblemente envenenado por la tercera esposa de Augusto (Livia Drusila), que así se deshacía de un posible sucesor al trono. Su tío levantó el teatro Marcelo en su honor.

quién cuelgue las armas conquistadas en el templo del paterno Quirino». ... Así van recorriendo sin rumbo toda aquella región, sus anchos llanos luminosos, derramando por todo la mirada. Cuando Anquises había ya llevado por cada uno de aquellos parajes a su hijo y enardecido su alma con el ansia de la gloria cercana, en seguida pasa a mentar³⁶ las guerras que había de emprender poco después. Y le habla de los pueblos laurentes³⁷ y de la ciudad de Latino, y de cómo evitar y soportar cada una de las pruebas.

LIBRO VIII: Las armas de Eneas

Pero la diosa Venus había ya bajado a traerle sus dones, radiante de blancura, entre las nubes del cielo. Apenas desde lejos acierta a ver a su hijo en el fondo del valle, a solas en la orilla de la helada corriente, se dirige a él así y aparece ante sus ojos: «Aquí tienes los dones ya acabados que prometí forjarte la destreza de mi esposo. Ya puedes, hijo mío, sin recelo retar a los altivos laurentinos y hasta al brioso³⁸ Turno». Dice y tiende los brazos hacia su hijo la diosa de Citera³⁹ y deposita las radiantes armas debajo de una encina enfrente de él. Este, gozoso con los dones de la diosa y con el alto honor, no acierta a saciar su alma de contento. Y vuelve la mirada a cada pieza y se asombra a su vista y las toma en sus manos y sopesa en sus brazos el yelmo pavoroso⁴⁰ con su penacho y su raudal⁴¹ de llamas, la espada portadora de la muerte, la dura coraza, forjada en bronce, de color de sangre, enorme, como grisácea nube que, embestida por los rayos del sol, arde y fulge⁴² su lumbre desde lejos⁴³. Y aúna con ello las bruñidas grebas de electro⁴⁴ de oro refinado y la lanza, y el trabajo indecible de forja del broquel⁴⁵. Pues el señor del fuego ... había labrado en él la historia de Italia y los triunfos de Roma. Estaba allí toda la descendencia del linaje de Ascanio y las guerras que había sostenido una por una. Había cincelado asimismo tendida sobre el verde antro de Marte a la loba parida; retozan los dos niños gemelos, colgados de sus ubres jueguetean y maman de la madre sin temor. Ella dobrando su redondo cuello los

³⁶ Mencionar.

³⁷ Llama así a algunos pueblos que existían en el Lacio antes de la llegada de Eneas y que recibieron su nombre a partir de la ciudad de Lauretum.

³⁸ Impetuoso, energico.

³⁹ Venus, porque esta diosa era muy venerada en la isla griega de Citera.

⁴⁰ Que infunde pavor y miedo.

⁴¹ Abundancia.

⁴² Brilla, resplandece.

⁴³ Tenemos aquí otro símil, figura retórica muy habitual en la épica.

⁴⁴ Aleación de oro y plata.

⁴⁵ Escudo.

lame uno tras otro y repule⁴⁶ sus cuerpos con su lengua. Cerca de ellos había puesto a Roma y las sabinas arrebatadas contra toda ley de entre la concurrencia sentada por las gradas mientras se celebraban grandes juegos de circo. Al punto estalla nueva guerra entre el pueblo de Rómulo y el viejo Tacio⁴⁷. Luego los mismos reyes dejando de luchar estaban en pie armados ante el altar de Júpiter con la copa en la mano y establecen un pacto de alianza inmolando una cerda⁴⁸. ... Allí estaba Porsenna que ordenaba acoger a Tarquinio⁴⁹ expulsado y apremiaba con imponente asedio la ciudad. Y los hijos de Eneas se lanzan a las armas para salvar la libertad⁵⁰. Allí verías a Porsenna, retrato de la misma indignación, de aspecto amenazante por la audacia de Cocles de desgarrar el puente y la hazaña de Clelia que rompe sus cadenas y pasa a nado el Tíber⁵¹. En la parte cimera⁵² Manlio, el guardián del alcázar ..., que defiende la cumbre del monte Capitolio. Está de pie ante el templo. El palacio de Rómulo erizaba su techumbre de paja reciente todavía. Allí un ganso de plata aleteando por el pórtico de oro con su graznido avisa que están los galos en el mismo umbral. Se acercan entre jaras los galos. Amparados en las sombras, a favor de la noche cerrada, alcanzan ya la cumbre. Sus cabellos son de oro; es de oro su vestido; lucen listados sayos; llevan collares de oro anudados al cuello blanco como la leche; sus diestras van blandiendo dos venablos alpinos; largo escudo les cubre el cuerpo entero⁵³. Allí Vulcano había cincelado a los Salios⁵⁴ danzando, a los lupercos⁵⁵ desnudos ... Añade más allá la morada del Tártaro, el alto umbral del reino de Plutón y el castigo de los crímenes. Y a ti, Catilina, colgado de un peñasco a punto de caer, temblando ante la cara de las Furias. Y aparte los justos y Catón⁵⁶, que les va dictando leyes. En el centro tendíase a la vista el hervoroso mar labrado en oro. ... Y en derredor delfines relucientes de plata iban batiendo en círculo con sus colas el punto⁵⁷ y

⁴⁶ Acicala.

⁴⁷ Tito Tacio: rey de los sabinos en el momento en el que las sabinas fueron raptadas por los romanos.

⁴⁸ El rapto de las sabinas termina con un pacto entre romanos y sabinos. Los dos pueblos se aunaron y durante un tiempo hubo una diarquía: había dos reyes que gobernaban sobre los romanos y los sabinos; estos eran Tito Tacio y Rómulo.

⁴⁹ Tarquinio el Soberbio fue expulsado de Roma y acogido entre los etruscos, cuyo rey era Porsenna.

⁵⁰ Tarquinio el Soberbio atacó Roma e intentó recuperar su reino.

⁵¹ Se alude al momento en el que los etruscos, encabezados por Porsenna, pretendían atacar la ciudad de Roma y Cocles, héroe romano, defendió el puente Sublico, que en aquel momento era el único que conducía a la ciudad de Roma.

⁵² Superior.

⁵³ Se alude a la batalla de Alia, en la que los romanos durante la República se enfrentaron a los galos. Los galos llegaron a la propia Roma y los gallos sagrados que vivían en el templo de Juno armaron tal revuelo que advirtieron a los centinelas. Marco Manlio Capitolino (s. V a.C.) fue uno de los que participó en la defensa de la ciudad.

⁵⁴ Sacerdotes de Marte.

⁵⁵ Sacerdotes de Fauno Luperco, deus da agricultura e da fertilidade.

⁵⁶ Marco Porcio Catón, también conocido como Catón el Viejo y Catón el Censor. Desempeñó diversas magistraturas hasta que llegó a ser censor. Se caracterizó por su conservadurismo y por la defensa de las tradiciones romanas frente.

⁵⁷ Palabra poética para referirse al mar.

hendían su oleaje. Podían verse en medio broncíneas naves del combate de Accio⁵⁸ y hervir todo ... en formación de guerra y los relumbres de oro de las olas. A un lado Augusto César lleva a Italia al combate, senadores y pueblo con sus Penates y sus grandes dioses. Está en pie sobre lo alto de la popa. Brota doble haz de llamas de sus radiantes sienes y sobre su cabeza resplandece la estrella de su padre. Agripa⁵⁹ en otro lado a favor de los vientos y los dioses va guiando su línea de navíos. ... Enfrente Antonio⁶⁰ con sus tropas bárbaras, con la variada traza de sus armas, vencedor de los pueblos de la aurora y orillas del Mar Rojo, trae a Egipto consigo y a la fuerza del Oriente, ... y le sigue, ¡oh, baldón⁶¹!, su esposa egipcia⁶². Se lanzan todos a una rasgando el mar, que borbolea espuma al golpe de los remos girados hacia atrás y los tres esperones⁶³ de las proas. Ponen rumbo a alta mar. Creerías estar viendo a las Cícladas⁶⁴ desgajadas atravesar a nado el oleaje o entrechocar encumbradas montañas con montañas. Con tan ingentes moles los marinos embisten a las popas torreadas. Se cruzan teas de inflamada estopa y el hierro volandero de los dardos. Se ven los campos de Neptuno⁶⁵ teñidos de fresca sangre derramada. La reina está en el centro convocando a los suyos al son del sistro⁶⁶ patrio. No ha visto todavía los dos áspides⁶⁷ que acechan a su espalda. Dioses de toda traza y aterrador semblante y el ladrador Anubis empuña sus venablos⁶⁸ contra Neptuno y Venus y la misma Minerva. Marte labrado en hierro arremete airado en medio del combate. Por el aire van aleando las odiosas Furias. Y desgarrado el manto avanza alborozada⁶⁹ la Discordia. Y le sigue Belona⁷⁰ con el látigo salpicado de sangre. Lo advierte Apolo, el de Accio, y prepara al punto el arco allá en la altura⁷¹. Aterrado a su vista todo Egipto y la India y toda Arabia y todos los sabeos⁷² van dándose a la fuga. Se ve a la misma reina invocando a los vientos, y desplegar las velas y hasta el instante de

⁵⁸ En la batalla de Accio (31 a.C.) César Octavio, que se convertirá en el emperador Augusto, se enfrentó a Marco Antonio y a su aliada y amante Cleopatra. La batalla naval tuvo lugar frente al promontorio de Accio, en el mar Jónico (Grecia). César Octavio salió victorioso.

⁵⁹ En la batalla de Accio la flota de César Octavio (= Augusto) estaba comandada por Agripa.

⁶⁰ Marco Antonio.

⁶¹ Injuria o persona que supone una injuria.

⁶² Cleopatra.

⁶³ Piezas que sobresalen en las proas de los barcos.

⁶⁴ Archipiélago de islas del mar Egeo (Grecia).

⁶⁵ Campos de Neptuno = mar.

⁶⁶ Instrumento musical en forma de aro o de herradura y atravesado por varillas, que se hacía sonar agitándolo con la mano.

⁶⁷ Un áspid es una víbora o culebra venenosa. Supuestamente, Cleopatra dejó que estos animales le mordiesen para acabar así con su vida.

⁶⁸ Dardos, lanzas.

⁶⁹ Alegre.

⁷⁰ Diosa romana de la guerra.

⁷¹ En la representación de la batalla de Accio que se hace en el escudo también están presentes los dioses, porque así el poeta equipara esta batalla a una batalla épica.

⁷² Habitantes de Saba, región de Arabia.

soltar las jarcias⁷³. La había cincelado el dios del fuego en medio del estrago, pálida por la muerte ya inminente, llevada por el viento ... a través de las olas. Y enfrente de ella el Nilo, corpulento, entristecido, descorriendo de par en par su manto y llamando a los vencidos a ampararse entre los sueltos pliegues de su regazo. Pero César Augusto, cruzando en su carroza el recinto de Roma con los honores de su triple triunfo, les dedica su inmortal don votivo a los dioses de Italia y consagra por toda la ciudad tres centenares de grandiosos templos. Estallan de alegría, de festejos y vítores las calles. En cada templo un coro de matronas, en todos sus altares, y ante ellos los novillos inmolados cubriendo todo el suelo. El mismo Augusto sentado en el umbral blanco de nieve del radiante Febo va mirando los dones de los pueblos y los cuelga de sus soberbias puertas. Pasan en larga hilera los vencidos, tan diversos en su atuendo y sus armas como en su habla. Había allí Vulcano modelado la tribu de los nómadas, los africanos de flotante vestimenta, los léleges, los carios, los gelonos armados de saetas⁷⁴. El Éufrates fluía mansa ya la altivez de su corriente. Pasaban los morinos⁷⁵ que pueblan los remotos confines de la tierra, el Rin bicorne, los indómitos dahas⁷⁶ ... Eneas asombrado contempla estas escenas del broquel⁷⁷ de Vulcano, don materno. Desconoce los hechos, pero goza mirando las figuras y carga a sus espaldas la gloria y los destinos de sus nietos.

⁷³ Cabos y cables de una embarcación.

⁷⁴ Menciona aquí a algunos pueblos sometidos por Augusto. Los nómadas y africanos vivían en África; los léleges, en Grecia; los carios en Caria (zona de la actual Turquía); los gelonos, en Escitia (zona de Eurasia).

⁷⁵ Tribu gala.

⁷⁶ También habitaban Escitia.

⁷⁷ Escudo pequeño.